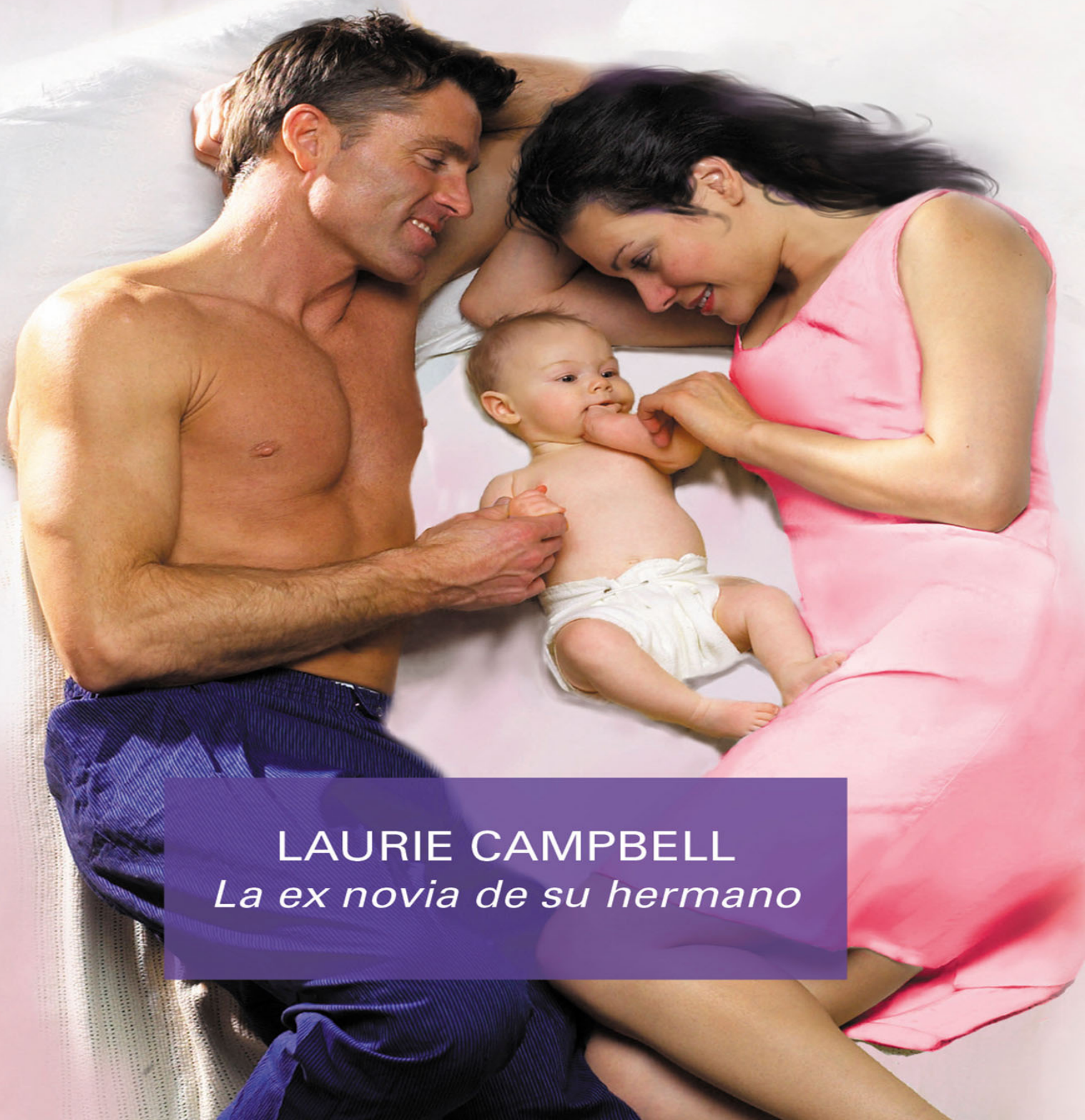


 HARLEQUIN™

Julia™



LAURIE CAMPBELL
La ex novia de su hermano



LAURIE CAMPBELL

La ex novia de su hermano



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Avenida de Burgos 8B
Planta 18
28036 Madrid

© 2003 Laurie Schnebly Campbell
© 2022 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
La ex novia de su hermano, n.º 1572- septiembre 2022
Título original: His Brother's Baby
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Julia y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.:978-84-1141-099-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Prólogo

12 de marzo

NI SIQUIERA Kenny podía llegar tarde a su propia boda.
¿O sí?

Lucy Velardi metió las dos últimas monedas que le quedaban en el teléfono público del vestíbulo del juzgado y marcó el número que Kenny y ella habían compartido durante las últimas cinco semanas. No tenía motivos para estar nerviosa, se dijo. Seguro que Kenny había perdido el vuelo de regreso a Scottsdale. Ella había salido de casa bastante temprano para recoger el vestido; un vestido que no dejaba ver la razón de aquel precipitado matrimonio, y por eso nadie había respondido a la llamada de Kenny cuando éste la llamó para avisarla de que llegaría en el siguiente avión.

¿O no?

Por supuesto que sí. En el contestador automático había un mensaje con aquella voz masculina y sensual que ella conocía tan bien.

—Hola, nena, soy yo. Escucha, lo siento mucho, pero... no... no voy a volver. Tengo la oportunidad de participar en los torneos del circuito asiático y... bueno, además, no creo que casarnos sea una buena idea, la verdad.

Lucy casi soltó un grito de incredulidad antes de darse cuenta de que el mensaje no había terminado.

—No estoy preparado para tener un hijo, ¿sabes? —continuaba explicando él al contestador.

¡Cómo si ella lo estuviera! Pero todavía les quedaba tiempo hasta octubre para prepararse.

—Y cuando lo pienses bien estoy seguro de que llegarás a la misma conclusión que yo, porque ahora un hijo no... no puede funcionar. Pero no te preocupes —continuó la voz de Kenny—. Te he enviado un talón por correo para que te ocupes de todo. Considéralo los honorarios por cuidar de la casa, ¿vale? Porque, escucha, ya sabes que puedes quedarte allí hasta enero.

Lucy se dio cuenta de que Kenny parecía aliviado, como si con aquel ofrecimiento quedara todo arreglado. Como si a ella lo único que le preocupara fuera su dinero y su casa.

—Nunca la usa nadie, siempre está vacía excepto unas pocas semanas después de Año Nuevo, cuando van mis padres —continuó asegurándole él—, así que hasta entonces es toda tuya. Me hago cargo de que dejaste tu apartamento, pero mi familia necesita alguien que cuide de la casa, estoy seguro de que tú lo harás estupendamente.

Al menos tendría un lugar para vivir hasta que naciera el bebé, pensó Lucy, aunque lo que ella en realidad quería para su hijo era una familia. Para el pequeño Matthew o la pequeña Emma, como ya los llamaba en su imaginación porque eran dos nombres que quedaban bien con Tarkington, el apellido de Kenny. Aunque ahora ni ella ni el bebé lo compartirían.

—Bueno —estaba concluyendo él, recuperando el tono despreocupado y alegre de siempre, satisfecho consigo mismo después de concluir con éxito una tarea difícil—, me alegro mucho de haberte conocido. Hemos pasado muy buenos ratos juntos, ¿verdad? Bien, cuídate. Adiós.

Y eso fue todo.

Sin apartar el teléfono de la oreja, Lucy se quedó mirando a su alrededor con incredulidad, hasta que un

estridente pitido le hizo darse cuenta de que el mensaje había terminado hacía un rato.

Cuando por fin depositó el auricular en su sitio, descubrió que le costaba respirar, y a duras penas lograba reprimir el temblor de las manos, de los labios y de las rodillas. Casi no podía pensar, ni llorar, ni siquiera moverse, aunque tendría que hacerlo porque no podía pasar el resto del día allí, de pie en el vestíbulo del juzgado donde hacía unos minutos pensaba que iba a casarse.

Sintió que su cuerpo deseaba romper a llorar, lo que probablemente la hubiera ayudado a desahogarse y recuperarse, pero en esos momentos estaba demasiado perpleja para llorar. Nunca había experimentado nada demasiado intenso para las lágrimas, nada parecido a aquella mezcla de incredulidad, angustia y desespero.

Y, en cierto modo, alivio.

Sí. Aunque no tenía ninguna lógica, en ese momento era la única sensación positiva que tenía y a la que pensaba aferrarse para sacar las fuerzas necesarias para volver a la parada del autobús y regresar a casa.

Sola.

No, no sola, se recordó mientras salía del edificio. Todavía llevaba a su hijo dentro, un hijo que nunca sabría nada de lo ocurrido aquel día. Que nunca sabría que su padre no había deseado que él o ella naciera.

Aunque por otro lado, el hecho de que él pensara que Lucy se plantearía la posibilidad de interrumpir el embarazo confirmaba las dudas que habían empezado a asaltarle la semana anterior, poco antes de darse cuenta del retraso de su menstruación. Kenny y ella no estaban hechos el uno para el otro. Las tres o cuatro primeras semanas juntos habían sido un frenesí de amor a primera vista, cargado de risas, adrenalina y pasión, pero después, Lucy había empezado a sospechar que la relación no llegaría muy lejos.

Por mucho que hubiera disfrutado del estilo de vida intenso y despreocupado del rico golfista profesional durante unas semanas, Lucy sabía que no era lo que ella quería.

Pero eso su hijo nunca lo sabría. Sólo oiría cosas buenas de su padre, del primer mes cuando ella había amado a Kenny.

Porque lo único que ella podía darle era el consuelo y la tranquilidad de sentirse deseado y amado. Y pasara lo que pasara, ella iba a quererlo con toda su alma.

A su hijo.

Sólo suyo.

Capítulo 1

28 de noviembre

HABÍA una mujer en el salón de su casa.

Y estaba haciendo cosquillas a un bebé.

Antes de que Conner Tarkington pudiera preguntar cómo había entrado allí, la mujer se incorporó de repente en el sofá, le dirigió una mirada cargada de temor, sujetó al bebé y lo protegió con su cuerpo.

—¿Quién es usted? —preguntó ella, levantándose del sofá con el bebé casi escondido a la espalda, como si se enfrentara a un intruso—. ¿Cómo ha entrado aquí?

La mejor defensa es siempre un buen ataque, pensó Conner, sarcástico, con una mezcla de admiración e irritación.

—Con mi llave —respondió él, mostrándole el llavero de platino que su madre le había regalado la noche anterior, durante una cena de despedida en la que nadie se había atrevido a ofrecer ni siquiera un brindis—. ¿Quién es usted?

—La cuidadora —respondió ella, desafiante—. Y los Tarkington no vendrán hasta enero, así que si pensaba visitarlos...

—Pensaba meter mis cosas —le interrumpió él—, dejarlas en cualquier sitio y dormir un rato.

Nueve horas de vuelo, contando la escala en Chicago, eran para él un auténtico suplicio, aunque siempre preferibles a pasar las navidades en casa. Nunca se lo había dicho a nadie, pero volar lo aterraba, y si a eso añadía que en las últimas semanas había estado trabajando a un ritmo de casi veinte horas diarias, ahora sólo quería desplomarse en una cama y dormir.

Solo.

Aunque si deseara compañía, no podía pedir nada mejor que aquella mujer alta y esbelta que, con unos vaqueros desgastados y la despeinada melena de rizos morenos, irradiaba más sensualidad que cualquiera de las mujeres que se habían cruzado en su camino últimamente.

—Nadie me ha avisado de que los Tarkington esperaban invitados —protestó la mujer, haciéndolo volver a la realidad.

La familia de Conner pensaba que la casa estaba vacía, aunque era evidente que aquella mujer se había erigido en una especie de guardiana de una casa que no necesitaba guardián. Y cuando él miró detrás de ella y vio el balancín de bebé apoyado en el umbral de la puerta, empezó a entenderlo.

—Oh, no —musitó Conner—. Está viviendo aquí.

—Hasta enero —confirmó ella, colocándose al bebé sobre el hombro antes de repetir su primera pregunta—. ¿Quién es usted?

Conner extrajo el carné de conducir de la cartera y se lo enseñó.

—Conner Tarkington. ¿Y usted es...?

—Conner... —repitió ella, y palideció visiblemente—. ¿Tarkington? ¿Es hermano de Kenny?

Que conociera a Kenny podía explicar su presencia allí. A Kenny siempre le habían gustado las mujeres guapas con ganas de divertirse, pero a Conner le costaba imaginarse a su hermano con una mujer que tuviera un hijo.

—Sí —respondió él, dejando el abrigo en una silla que había junto a la puerta. Con alivio, vio cómo el color volvía a las mejillas de la joven—. ¿Él le dijo que se podía quedar aquí, no? ¿Que se sintiera como en su casa?

La mujer se irguió todo lo que pudo y lo miró con frialdad.

—Me dijo que su familia necesitaba a alguien que cuidara de la casa, y que les entregara la llave en enero, pero...

La expresión de incredulidad en el rostro del hombre hizo que ella se interrumpiera de repente. Sus hombros se hundieron visiblemente en un gesto de derrota.

—Oh, no —susurró, apretando al bebé contra ella—. ¿Kenny se lo inventó todo?

Oh, sí. Aquella vez sí que Kenny se había superado a sí mismo, pensó Conner. En lugar de terminar la relación con el típico regalo de despedida, la había instalado en la residencia de vacaciones de los Tarkington en Arizona con un trabajo imaginario.

—Escuche... —empezó Conner.

—Lucy, Lucy Velardi —se presentó ella—, y ésta es mi hija, Emma.

Estupendo. Ahora tendría que hacer de malo con una mujer y una niña recién nacida. Había pasado casi un año desde que la anterior novia de su hermano se había presentado en su despacho, y fue él, como siempre, quien había tenido que ocuparse de sacar a Kenny de otro de los embrollos en los que tan bien sabía meterse solo.

—Lucy —dijo él, dispuesto una vez más a terminar con aquella desagradable situación de la mejor manera posible —, siento lo que le haya podido decir mi hermano, pero si mi familia quisiera un cuidador habría llamado a una agencia. Le agradezco el tiempo que ha estado aquí, pero...

—Pero no era un trabajo de verdad —le interrumpió Lucy —, ¿verdad?

Aquella reacción tampoco encajaba con la de las mujeres frívolas y ambiciosas que solían relacionarse con su

hermano. Lo más frecuente era que se quejaran de que Kenny les había prometido un Porsche o un viaje a Hawái, o incluso una sortija de compromiso, pero aquella mujer no estaba pidiendo dinero.

—Bueno, sí que es un trabajo de verdad —dijo él, preguntándose qué le habría prometido su hermano.

Después de todo, era evidente que la mujer había mantenido la casa limpia y había regado y cuidado las plantas durante su estancia allí.

—Pero ahora es mi trabajo —continuó él. O al menos lo era hasta que llegaran Warren y su madre en enero—. Así que Emma y usted pueden volver a...

—Sí —le interrumpió ella, poniéndose en pie y arreglando la manta de la niña con gestos rápidos y decididos—. Por supuesto. Nos iremos ahora mismo.

—Tienen dónde ir, ¿verdad?

Claro que tenían dónde ir, se dijo él para sus adentros. Si no, no estaría tan dispuesta a salir de allí a aquellas horas de la noche con un bebé a cuestas. Aunque cualquier persona necesitaba recibir el aviso de despido con un mínimo de antelación, al margen del dinero que le hubiera podido dar su hermano.

—¿Necesita dinero? Lleva aquí un tiempo. Creo que le debo...

—No me debe nada —le interrumpió ella, con fiereza, dirigiéndose al comedor, donde había un montón de sobres junto a una caja—. Kenny ya me pagó en marzo, y además he estado rellenando sobres para una agencia de trabajo temporal. Y la semana pasada empecé a trabajar en una cafetería del centro donde puedo llevar a Emma. Sólo necesito...

—Lucy, ¿seguro que no es ninguna molestia?

La mujer hablaba demasiado deprisa, se movía como si la persiguieran los demonios, y él no pudo evitar tener la sensación de que estaba al borde de un ataque de pánico.

—Si necesita hacer alguna llamada, o si necesita ayuda para...

—No necesito ayuda —le espetó ella—. Puedo cuidarme sola. Y de Emma también.

Y Emma, claro. La bebé a la que él apenas se había permitido mirar parecía tremendamente pequeña apoyada sobre la camiseta amarilla de su madre, aunque él no recordaba cuál era el tamaño normal de un bebé. ¿Había sido Bryan alguna vez tan...?

«No pienses en eso».

—Muy bien —respondió él, tanto a ella como a sí mismo, tratando de concentrarse en la situación y no pensar en su hijo—. Tengo que recoger mis cosas del coche, pero avísame si quiere que le ayude con el equipaje, o una maleta más pesada.

Lucy le clavó una mirada acerada.

—No sé cómo decirlo para que quede más claro todavía: no quiero nada, absolutamente nada, de los Tarkington.

Por la rabia con la que prácticamente había escupido el nombre, Conner dedujo que Kenny se había portado especialmente mal con ella. Lo que significaba que la mujer tenía que haberle entregado por completo su corazón.

Cielos, seguro que estaba enamorada de él.

Su hermano se había pasado los últimos cuatro años destrozando corazones en los circuitos profesionales de golf de todo el mundo, pero nunca el corazón de una mujer como ésa, una mujer que no estaba interesada en su dinero ni en otro tipo de recompensa material. No, esta mujer, sensual, vibrante y fascinante, se había enamorado de Kenny Tarkington.

Un hecho que hizo que Conner sintiera cierta lástima por ella.

Pero no podía ser. Porque él no tenía sentimientos.

«Los sentimientos son nuestros amigos, no lo olvide».

—La he oído —dijo él, tratando de apartar de su mente la frase que su terapeuta no se cansaba de repetirle.

En ese momento no necesitaba ni quería sentimientos, y mucho menos para tratar con una más de las numerosas mujeres abandonadas por su hermano en su largo historial de mujeriego. Una mujer que, al contrario de otras fugaces novias anteriores, tuvo que creer las promesas de amor de Kenny, y que tenía que saber que su hermano no pensaba volver.

—Lo último que supe de él es que estaba jugando en el circuito asiático.

—Por mí se puede quedar en Asia —le espetó Lucy—, y usted puede quedarse aquí, en su casa. Emma y yo nos iremos ahora mismo —repitió, metiendo los sobres en la caja—. Haga lo que ha dicho. Meta sus cosas, déjelas en cualquier sitio y váyase a dormir, ¿vale?

Lucy no pensaba quedarse a contemplar cómo Conner Tarkington sacaba el lujosísimo equipaje de su lujosísimo coche y lo dejaba en el lujoso dormitorio principal de la casa, un dormitorio que desde que Kenny se fue, ella casi no había pisado. No, se dijo para sus adentros, lo único que iba a hacer era entrar en la habitación de invitados a recoger ropa limpia para ella y para Emma, el biberón y la leche de la niña de la cocina, y salir de aquella casa antes de que su determinación y su orgullo se desmoronaran por completo.

Su amiga Shawna le había ofrecido el sofá hasta que encontrara otro sitio para vivir, y su marido Jeff podría pasar a recogerla por alguno de los restaurantes de comida rápida que estaban abiertos las veinticuatro horas del día cuando saliera de trabajar a medianoche. Por eso ahora lo único que tenía que hacer era recoger lo que podía llevar y envolver bien a Emma en varias capas de ropa para que no tuviera frío, porque desde luego lo que no pensaba hacer era quedarse allí esperando.

No después de jurar que jamás criaría a su hija aceptando favores de otros hombres, un conocimiento que había ganado muy dolorosamente a lo largo de su infancia y parte de su adolescencia.

Pero Conner Tarkington no le estaba poniendo fácil lo de concentrarse en recoger sus cosas. Quizá su intención no fuera distraerla, entrando y saliendo primero con un ordenador portátil y después con una serie de cajas embaladas, pero a pesar del rostro demacrado y la camisa arrugada, el hombre era increíblemente atractivo.

Y ella tenía que pensar en otra cosa.

Cuanto antes saliera de allí, mejor.

—Todo saldrá bien —le dijo a la niña, metiendo una docena de pañales en el bolso—. Porque Shawna, ¿te acuerdas de ella, la de las trenzas rubias?, nos dejará dormir esta noche en su casa y mañana mamá encontrará otro trabajo.

La cafetería era perfecta, porque podía vigilar a Emma mientras preparaba sándwiches y otras comidas rápidas, aunque el salario era muy inferior al del elegante restaurante donde había trabajado hasta febrero. Lo había dejado porque Kenny quería estar más tiempo con ella, y aunque volvió a trabajar al día siguiente de escuchar su mensaje de despedida en el contestador, ya era demasiado tarde para que el seguro médico cubriera los gastos del embarazo, situación que empeoró aún más cuándo se vio obligada a hacer reposo para no perder al bebé.

Afortunadamente, dado que no tenía que pagar alquiler, pudo dedicar todo el dinero de la agencia de trabajo temporal a pagar las facturas del médico y a comida, e incluso ahorrar un poco para mudarse en enero.

A sólo cinco semanas.

—Sólo nos mudamos un poco antes de lo previsto —le aseguró a su hija—. Mañana compraré el periódico y buscaremos a alguien que quiera compartir una habitación con una preciosa bebé de siete semanas.

En la cocina sacó de la nevera la leche de Emma. Al cerrar la puerta vio a Conner depositar más cajas en la mesa del comedor.

—Ya casi nos vamos —gritó ella.

Él se volvió a mirarla, y Lucy pensó en lo mucho que se parecía a su hermano, con el pelo moreno en lugar de rubio, pero las mismas facciones. Los mismos rasgos duros, el mismo hoyo en el mentón, los mismos ojos azules, sólo que la mirada de Conner era más dura. Más oscura.

Más intrigante.

—¿Seguro que no necesita ayuda? —preguntó Conner, y Lucy dio un pequeño respingo.

En principio, la pregunta era sólo por mera cortesía, pero ella sabía lo que había detrás. Lo había visto en la cansada y resignada expresión del rostro masculino cuando el hombre le informó de que la casa no necesitaba de una cuidadora, y se había dado perfecta cuenta de lo que había pensado. Que ella sólo pensaba en divertirse y que en Kenny había encontrado una auténtica mina de oro.

Igual que su madre.

—No —respondió Lucy, bruscamente—. Estamos bien.

En ese momento no le apetecía nada recordar a su madre, y mucho menos cuando estaba viviendo un paralelismo tan humillante. Había empezado a mantenerse sola estando aún en el instituto, Lucy se juró que sólo daría clases de ballet si podía pagárselas, y si no, pasaría sin ellas. Y por encima de todo que nunca, jamás dependería de la generosidad de unos caballeros, como los llamaba su madre, con generosas cuentas de gastos y esposas en otra ciudad.

Hasta que se había ido a vivir con un famoso golfista profesional que gastaba el dinero a manos llenas.

Pero al menos Kenny no estaba casado.

¡Oh, Dios! ¿O sí?

También podía haber mentido sobre eso. Nunca habían hablado mucho de sus familias, y desde luego, él jamás